

Sobre un punto podía estar completamente tranquilo el Protector: España no estaba en situación de poder prestar ayuda á sus enemigos, pues, por el contrario, con el apoyo de las fuerzas auxiliares inglesas se le habían ocasionado grandes derrotas. El 28 de marzo se renovó el tratado de alianza entre Inglaterra y Francia. Cromwell mandó al otro lado del canal dos regimientos de refuerzo, pero con la condición de que esta vez no se retardaría el sitio de Dunkerque. Turena convino en ello, y Luis XIV y Mazarino, para observar de mas cerca el espectáculo, se trasladaron á Calais, donde pasó á saludarles lord Falconbridge. Un ejército español de auxilio, entre cuyas tropas se hallaban el duque de York y Gloucester, quiso socorrer á los sitiados, é inútilmente advirtió Condé al general español que no aceptara una batalla con Turena en las movedizas arenas de las Dunas, pues el día 4 de junio se dió la batalla sin que Turena se hubiese visto obligado ni por un momento á suspender el sitio de Dunkerque. El triunfo que alcanzó el general francés lo debió en gran parte á las



Medalla conmemorativa del entierro de Oliverio Cromwell

tropas inglesas auxiliares que aquel día lucharon contra el hijo de la familia destronada. Dunkerque resistió aun diez días; pero por fin tuvo que abrir sus puertas, y el mismo Luis XIV entregó las llaves á Lockart, enviado de Cromwell, que también había conducido las tropas inglesas á la victoria. Inglaterra consiguió con esto la gran ventaja de tener un punto de apoyo en una importante plaza del continente, cuyas fortificaciones mejoró levantando al mismo tiempo una iglesia protestante.

Una ciudad despues de otra cayeron en manos de Turena; la monarquía española se encontró impotente contra las fuerzas reunidas de sus dos adversarios, y el nuevo emperador Leopoldo I, ocupado en los asuntos del Norte y del Este, no estaba en el caso de prestarle auxilio. Pero los triunfos de su política exterior, aunque muy importantes, no satisfacían á Cromwell completamente, pues cuanto mas aumentaba el poder de Francia, mas difícil era sostenerse á su altura. Era pues de temer que Mazarino hiciera las paces con España prescindiendo de Cromwell, no pudiendo él oponerse á tal procedimiento.

Además los asuntos del Norte y del Este le traían asimismo con cuidado. Carlos X, aliado de Cromwell y de Mazarino, había en verdad invadido la Dinamarca en una audaz campaña de invierno que le había permitido atravesar el mar por encima del hielo, y había obligado á aquella potencia á concluir la paz de Roeskilde. Pero el rey de Dinamarca consideró aquella paz como un armisticio, y le aprovechó para aliarse con los Países Bajos, Brandeburgo, Polonia y el emperador. Quedaba pues destruida la idea de Cromwell de unir todas las potencias protestantes, y por el contrario dos de ellas, la sueca y la dinamarquesa, se preparaban á destruirse mutuamente.

Mucho mas importante aun que la política exterior era para Cromwell el curso de los sucesos en el interior de la nacion. Despues de los últimos acontecimientos parecia que el protectorado debía descansar en sólidos fundamentos, y sin embargo debía temerse á cada momento una nueva conmoción. Los partidos enemigos habían sido dominados, pero no inutilizados, y el gobierno debía estar preparado á

un nuevo ataque de la izquierda ó de la derecha. El estado de la Hacienda era muy precario á pesar de los importantes subsidios votados por el último Parlamento. Era preciso aumentar los ingresos para obtener las sumas necesarias ó bien acudir á los ricos comerciantes de la City, de los cuales poco podía esperarse. Thurloe y otros confidentes de Cromwell le instaban para que convocara otro Parlamento en la esperanza de que las elecciones darian buen resultado; el Protector examinó la cuestion, pero no se decidió á tomar un partido.

En medio de estos cuidados de gobierno, tuvo Cromwell un disgusto por sucesos ocurridos en su familia. Su segundo hijo Enrique cumplía todas sus esperanzas, pero el hijo mayor, Ricardo, prometía poco para el porvenir. Su cuñado Desborough y su yerno Fleetwood estaban al lado de los sectarios anabaptistas y no hacían ningun misterio de su modo de pensar. Su hija menor lady Frances perdió á su esposo, sobrino del conde de Warwick, despues de tres meses de matrimonio, y el mismo Warwick, cuyos consejos habían sido de gran utilidad para Cromwell en distintas ocasiones, falleció al poco tiempo. Pero el golpe mas sensible lo sufrió Cromwell el verano de 1658 al enfermar su hija favorita Isabel, lady Claypole, cuya energía y buen humor le habían sido de gran utilidad en momentos graves. Cromwell, testigo de sus sufrimientos, la hizo trasladar al castillo de Hampton Court, esperando que el aire del campo le sería favorable; pero su enfermedad empeoró de día en día, y Cromwell pasaba horas y horas á su lado descuidando los negocios del gobierno. El día 6 de agosto se cerraron sus ojos para siempre.

El Protector se había mantenido firme hasta entonces, y aun despues de la muerte de su hija trató de distraer su dolor entregándose al trabajo ordinario, pero sus fuerzas estaban agotadas. Hacia largo tiempo que se hallaba enfermo y los embajadores á quienes daba audiencia habían notado desde mucho antes que tenía mal aspecto y que sus manos temblaban. Frecuentes ataques de gota, una afección del bazo y los insomnios fueron minando su salud, además de las fatigas morales y materiales. Trató aun de dominar la debilidad de su cuerpo con la energía de su voluntad, de modo que el cuáquero Jorge Fox, que quería hablarle en favor de sus correligionarios, le encontró montado á caballo al frente de sus guardias. «Cuando me acerqué á él, escribe en su libro de memorias, vi la sombra de la muerte extenderse sobre su persona: tenía todo el aspecto de un cadáver.» Poco despues tuvo el Protector repetidos ataques de calentura y los médicos le ordenaron que cambiase de aires. El día 24 de agosto, aprovechando un período de calma de la fiebre, regresó á Whitehall tomando aun parte en los negocios y teniendo una entrevista con Fairfax, cuyo yerno había sido reducido á prision, pero pronto sus padecimientos le postraron en cama. No quiso sin embargo creer que se moría y trató de consolar á su esposa. Hubo momentos en que aun se esperaba que se salvaría, pero estos fueron de corta duración.

Extendióse la noticia de su enfermedad, y en palacio, en las iglesias y en muchas casas particulares se hicieron rogativas por su restablecimiento. Él mismo, mientras un furioso viento hacía retemblar los muros del castillo, expresó sus sentimientos en palabras de religiosa resignación: «Señor, se le oyó decir, á pesar de que solo soy una misera y desgraciada criatura, estoy en comunión contigo por medio de la gracia. Iré á tí en favor de tu pueblo. Tú me has convertido en un instrumento, aunque indigno, destinado á hacer su felicidad y servirte á tí. Muchos me han tenido en gran estima, otros se alegrarán de mi muerte; tú, sin embargo, sea cual fuere

el destino que me prepares, hazles bien...» Tuvo aun fuerza suficiente para firmar el reconocimiento de su hijo Ricardo como su sucesor y murió el 3 de setiembre, un día fausto, el aniversario de sus victorias de Dunbar y de Worcester.

CAPITULO IV

ANARQUÍA Y RESTAURACION

«Cuando el árbol está tendido en el suelo, dijo el poeta Andrés Marwell en su lamentación á la muerte del Protector, parece mayor que cuando estaba en pié.» Así amigos y enemigos, despues de la muerte de Cromwell, pudieron juzgar quién había sido, y en Inglaterra se hizo general el presentimiento de que se iba á verificar un cambio. «Debemos someternos á la voluntad de Dios, escribía el secretario de Estado Thurloe á Enrique Cromwell que estaba en Dublin..., hasta ahora se había conservado la paz; quiera el Señor que continúe así...; todo el mundo dice que ha caído un gran príncipe en Israel.»

En el extranjero mostróse en algunos puntos gran alegría. En Amsterdam, donde el pueblo era partidario de la casa de Orange y de los Estuardos, la gente bailaba en la calle exclamando: «El diablo ha muerto.» Mazarino, por su parte, se apresuró á enviar sus felicitaciones á la reina Enriqueta María, y los consejeros de Carlos II, poseídos de las mayores esperanzas, veían cercano el momento en que su señor se sentaría en el trono de sus mayores. El poder de Cromwell, el carácter triunfante de la revolucion puritana, todo había tenido un carácter puramente personal. La revolucion podía heredar el nombre, pero pronto se echó de ver que le faltaban los sólidos fundamentos que solo le había dado la existencia de un hombre.

La influencia de tan poderoso nombre sobrevivió al que lo llevaba, y así se hizo sin dificultades el traspaso del gobierno á Ricardo Cromwell, y los oficiales, hombres de Estado y jurisperitos que habían prestado su apoyo al antiguo Protector, se manifestaron dispuestos á hacer lo mismo con el nuevo. Su proclama fué aceptada en los tres reinos, pues de la tranquilidad de Irlanda respondía su hermano Enrique, como Monk respondía de la de Escocia. El ejército y la marina le juraron fidelidad y la City expuso sus buenas intenciones. Varias ciudades, condados y sociedades religiosas le enviaron exposiciones en las cuales hacían constar su obediencia, y comparaban al difunto Protector con Moisés, Josué, Salomon y Constantino. Y el pueblo tuvo ocasion de recordar aun lo imponente de su figura al ser trasladada su estatua con fúnebre pompa á la abadía de Westminster, donde descansaba ya su cadáver.

En vano se hubiera buscado en Ricardo Cromwell al hijo del poderoso Protector (1). Carecía de ambición y energía, y durante largos años había vivido en una posesión de su suegro cerca de Winchester, en agradable tranquilidad, siendo muy aficionado á la caza y á los caballos, estando en muy buenas relaciones con los nobles de los alrededores, mostrando como ellos, poco profundas convicciones religiosas y observando una moral no muy severa. Era completamente extraño á los ideales del puritanismo; por el contrario, su modo de pensar le conducía al lado de los caballeros. Dejó que su padre le impusiera en los negocios sin mostrar ninguna afición á la política, y tampoco prestó gran atención á la constitución del ejército, no habiendo nunca hecho uso de su espada en los combates. Un hombre con tales condiciones y antecedentes no era á propósito para mantener por medio de la lucha y la energía la situación dominante que

(1) Guizot. Histoire du Protectorat de Richard Cromwell, et du rétablissement des Stuart, 5.^a edición, 1868, 2 tomos.

había conquistado su padre. Tenía en frente de sí principalmente la rivalidad de los mas importantes jefes del ejército, en los que estaban vivos aun el orgullo de sus triunfos y sus antiguos sentimientos religiosos, y aunque no llegaba su ambición á querer apoderarse del protectorado, exigían que este fuese separado del mando superior del ejército; querían que hubiese dos altos poderes, uno civil y otro militar.

De esta idea participaban la mayor parte de los antiguos mayores generales, entre los cuales se contaban Desborough y Fleetwood, parientes del nuevo Protector, y el último, que había hecho toda la guerra civil, combatiendo en Dunbar y Worcester y ejerciendo el mando superior de Irlanda, era reconocido por jefe de los militares que sostenían tales opiniones. Cada semana tenían una reunion en Wallingfordhouse, residencia de Fleetwood, no muy lejana del palacio de Whitehall, y asistían hasta el número de doscientos.

Así pues creóse desde luego un nuevo poder al lado del protectorado de Ricardo; y no existiendo ya la mano de hierro de Cromwell para sujetar á los descontentos, presentóse otra vez el difícil problema de unir la existencia de un fuerte ejército permanente á la forma republicana del gobierno. El día 16 de octubre de 1658 entregaron los oficiales una exposición al Protector en la que pedían que «para resucitar la antigua buena causa» se nombrara un comandante independiente para el ejército, el cual tuviera la facultad de proveer los cargos vacantes del mismo, y que no fuese lícito separar á ningun oficial de su empleo sino por sentencia del tribunal militar. El Protector contestó con moderación y tacto, pero se excusó en la Constitución que le impedía hacer lo que se le indicaba. Por el momento pareció que los oficiales se calmaban y que se había conjurado el peligro, pero nadie dudaba de que reaparecería, y Lambert, que había vuelto á la vida activa, atizaba secretamente el fuego. Los sectarios republicanos renovaron sus pretensiones de que se verificara un cambio trascendental en los asuntos político-religiosos, sabiendo que contaban con el apoyo de Fleetwood y Desborough. En algunos puntos se había hablado mal contra la memoria de Oliverio Cromwell; había comparado con su política «la antigua causa,» la causa que habían defendido un Vane y un Harrison contra su gobierno, y ya se exigía al Protector que solo diera los altos empleos del Estado á «santos,» es decir, á hombres de creencias religiosas profundas. Enrique Cromwell seguía con temor el curso de los sucesos y suplicaba á su cuñado Fleetwood que no se dejara influir por los pastores separatistas y procurara dominar el deseo de mando de sus camaradas sujetándose á las leyes. A su hermano le decía que quizás el único remedio, aunque pareciera peligroso, era la convocación de un Parlamento.

El partido de la corte, el reducido consejo del Protector y hombres como Thurloe, Falconbridge y St. John eran de la misma opinión, y además la situación financiera del Estado hacia imprescindible acudir á la nacion. Había confiado Ricardo en que Francia entregaría una importante suma de dinero, pero Mazarino no parecía dispuesto á cumplir sus promesas, aunque exteriormente le conviniera aparecer aun como aliado de Inglaterra. La escasez de recursos hizo que tampoco en el Norte pudiera continuarse la política enérgica de Oliverio Cromwell y en cambio había empezado de nuevo aquella lucha entre Dinamarca y Suecia que él había querido impedir en beneficio de los intereses protestantes. Mientras los suecos sitiaban á Copenhague se presentó una escuadra holandesa en auxilio de los daneses amenazados. En cambio Inglaterra, de quien tanto había esperado Suecia, limitó su actividad á hacer una demostración con su escuadra. Había pues motivos suficientes en la política interior y en la exterior para convocar un Parlamento.

Sin embargo, se tenía por demasiado arriesgado el hacer uso del sistema electoral reformado que ya se había puesto en práctica en tiempos de Oliverio Cromwell; y aunque la nueva Constitución del protectorado contenía las disposiciones necesarias respecto del número de diputados y de su distribución entre las ciudades y los condados, Ricardo Cromwell no titubeó en volver al sistema antiguo. Todos los pequeños distritos electorales recobraron sus privilegios, y en cambio disminuyóse el número de representantes de las grandes ciudades y todos los condados debían elegir solo dos diputados, fuesen cuales fueran su extensión y circunstancias. Con estas condiciones el gobierno podía hacer sentir más su influencia en las elecciones, y aun la gran mayoría de los representantes de Escocia é Irlanda fueron hechas suyas. Sin embargo, al abrirse el Parlamento en 27 de enero de 1659, se vio que la oposición tenía un fuerte partido en la Cámara baja, si bien estaba compuesta de elementos muy heterogéneos. Allí había republicanos como Vane, Scott, Haselrig, Bradshaw, y personajes que se habían separado de Oliverio Cromwell por motivos personales, como Lambert, Ashley, Cooper y Fairfax. Había además varios oficiales pertenecientes al partido de Wallingfordhouse y otros que tenían inclinaciones realistas. «La otra Cámara» tenía con poca diferencia las mismas ideas que en tiempo de Oliverio Cromwell; pero la presencia de Fleetwood, Desborough y otros militares discutidores, hacía dudoso que pudiera servir de apoyo al gobierno.

En la Cámara de los Comunes empezó la lucha al tratarse del reconocimiento de Ricardo como Protector y de la admisión de la «otra Cámara» como parte integrante del Parlamento. Allí Thurloe, como principal defensor del gobierno tuvo que sostener los principales ataques de la oposición, especialmente de los republicanos. Es verdad que se pronunciaron palabras muy amargas y se renovaron antiguas heridas, especialmente al presentarse en el Parlamento alguna víctima de la arbitrariedad de Oliverio, como Overton, que había sido reducido á prisión por el Protector que acababa de fallecer, pero á pesar de todo imponía respeto su memoria al considerar la grandeza de su pasado, muy al contrario de lo que sucedía con su hijo: «Ha faltado á su juramento de fidelidad al Parlamento, decía Vane, y ha usurpado el poder; pero sus servicios eran tan importantes que pueden cegar nuestro juicio. Elevóse al poder por medio de hechos gloriosos y bajo su mando había un ejército que le había hecho su conquistador y un pueblo que le había hecho su dominador. Pero ¿y su hijo Ricardo, quién es? ¿cuáles son sus servicios? Es verdad que lleva una espada al lado; pero ¿la ha desenvainado alguna vez? Y lo que es más importante aun, ¿puede pedir á una poderosa nación que le obedezca, cuando no ha podido hacerse obedecer nunca ni siquiera de un lacayo? Y sin embargo, bajo el título de Protector le debemos reconocer por nuestro rey! Un hombre sin antepasados, sin valor y sin dignidad! Por lo que á mí se refiere, no se dirá nunca que he tenido por dueño un hombre así.»

Pero á pesar del lenguaje violento de la oposición, la victoria quedó por el gobierno, pues sus adversarios republicanos se habían perjudicado ellos mismos no hablando con tanta consideración del ejército como el prudente Vane, y habían cometido una falta queriendo rechazar á los diputados escoceses y destruir, en provecho de su partido, la unión de los tres reinos, la más importante conquista de la revolución. Reconocióse, pues, el nuevo protectorado y la otra Cámara, y asimismo se aprobó el que se apoyase á Suecia con una poderosa escuadra inglesa, pasando en seguida los Comunes á ocuparse en los asuntos financieros.

Pronto vinieron importantes acontecimientos á interrumpir el curso de las discusiones parlamentarias. El descontento fué cundiendo en el ejército, haciéndose público por medio de las reclamaciones de los soldados y de sus oficiales. Los primeros se quejaban de que no se les pagaba y los oficiales volvieron á sus anteriores exigencias, estando todos irritados de que en el Parlamento se les hubiese acusado repetidas veces de ser responsables de los actos de fuerza de tiempos anteriores. El Protector fué bastante débil para permitir que se reuniera un consejo de generales y coroneles para exponer sus deseos. Reuniéronse en número de más de ciento en Wallingfordhouse y se pusieron acordes, á pesar de la oposición de algunos partidarios de Ricardo Cromwell, para presentar una «representación y exposición de los oficiales del ejército de Inglaterra, Irlanda y Escocia» que entregaron al Protector el 6 de abril en Whitehall. En aquel documento decían que «la antigua buena causa» corría peligro por las intrigas de los caballeros y otros enemigos de la libertad; que el ejército que había derramado su sangre combatiendo la tiranía real, se hallaba en muy mala situación, y pedían que se diera una satisfacción pública á dicha antigua buena causa y se asegurase la situación financiera de su clase. Estaba escrita esta exposición de un modo muy moderado y no dejaba traslucir las verdaderas intenciones de los oficiales, pero el haberla enviado al Parlamento y el haberla hecho imprimir y circular entre el pueblo aumentaron la excitación de los ánimos.

Los jefes republicanos seguían con gran ansiedad el curso de los sucesos y se convencieron de que solo podían lograr la caída del protectorado aliándose pasajeramente con los oficiales descontentos, por lo cual dieron apoyo á los conjurados de Wallingfordhouse y salieron á su defensa en el Parlamento. El 18 de abril prohibieron los Comunes que mientras duraran las sesiones del Parlamento se celebrase ninguna reunión de oficiales sin permiso del Protector y de ambas Cámaras, y decidieron que todos los que ocupasen un cargo militar estaban obligados á prestar juramento de que no interrumpirían en modo alguno la libertad de los debates parlamentarios. Pero Vane, Haselrig y Scott dijeron que aquello era un voto de desconfianza y tomaron la defensa del ejército, al mismo tiempo que mostraban deseos de limitar las atribuciones del Protector sobre la fuerza armada, mientras por el contrario la mayoría de la Cámara deseaba que continuaran como hasta entonces. Fleetwood, Desborough, Lambert y sus compañeros, avanzando en el camino que habían emprendido, reuniéndose con frecuencia, buscando el apoyo del clero y teniendo sus regimientos preparados para una lucha, exigieron arrogantemente que se disolviera el Parlamento, y como el Protector no quería acceder á esta exigencia, pudo temerse el 21 de abril que se diera una batalla en las calles de Londres; pero aunque el Protector dió contra órdenes á las tropas que estaban sobre las armas, solo dos coroneles se pusieron á su lado. Hasta una parte de su guardia se pasó al enemigo y el palacio de Whitehall, donde Ricardo Cromwell residía, difícilmente hubiera podido resistir á un ataque.

En aquella crítica ocasión diósele el consejo de confiarse á la City y armar en su defensa á la burguesía presbiteriana, pero el resultado de un plan tan audaz era incierto y Ricardo no se atrevió á realizarlo, decidiéndose entonces á ceder. Era más de media noche cuando Fleetwood y Desborough supieron que estaba determinada la disolución, noticia que por su parte supieron los Comunes en la mañana del 22. La Cámara baja se mostró muy irritada, y desafiando presentarse ante la Cámara alta para oír allí el decreto de disolución, determinó prorogar sus sesiones como si nada hubiese

sucedido. Pero la disolución se hizo pública por medio de un decreto y se cerraron las puertas de la Cámara.

El Parlamento que hubiera debido consolidar el poder de Ricardo Cromwell, había desaparecido, y con él desapareció asimismo el gobierno de Ricardo Cromwell. Residía este todavía en Whitehall, se administraba justicia en su nombre, y pocas semanas después de la disolución del Parlamento, un representante suyo firmó en su nombre un convenio entre Inglaterra, Francia y los Países Bajos para obligar á los reyes de Dinamarca y Suecia á que depusieran las armas. Pero en realidad el protectorado había cesado de existir en 22 de abril, y los hombres que le habían servido hasta el último momento como Thurloe, Falcondbridge, St. John y otros, se apresuraron á abandonar á Londres. En el ejército las masas estaban tan cansadas del gobierno de un hombre solo, que difícilmente los coroneles y jefes hubieran podido oponerse á los deseos de que se restableciese el gobierno republicano puro; por el contrario, muchos de ellos esperaban que con aquella forma política les sería posible realizar los ideales político-religiosos de que estaban poseídos. Por su parte los sectarios exaltados creían que en una nación sin cabeza podrían llevar á cabo más fácilmente su programa radical. Los antiguos estadistas republicanos, con Henry Vane á su cabeza, se veían al término de sus esfuerzos, y celebraron conferencias con los altos oficiales, en las cuales acordaron reunir de nuevo los restos del Parlamento largo. Lenthall, presidente del Parlamento mutilado que Oliverio Cromwell había disuelto, fué el encargado de reunir á los antiguos diputados, y el día 7 de mayo se presentaron en la capilla de San Esteban, ocupando sus respectivos sitios, cincuenta y dos diputados que no vacilaron en dar cuenta á la nación de «aquella gracia especial de Dios» y en decir que con la república «se aseguraban la libertad y la propiedad de todos los súbditos, como hombres y cristianos, sin necesidad del dominio de uno solo, sin monarquía y sin Cámara de los Pares.»

Inútilmente trataron de hacer valer su derecho algunos individuos presbiterianos del Parlamento largo, que habían sido excluidos cuando el «expurgo» de Pride, pues sus colegas se negaron á admitirlos, y su jefe, Guillermo Prynne, no tuvo más recurso que ridiculizar en venenosos folletos la «antigua buena causa, nuevamente falsificada.» El pueblo inglés debía acostumbrarse de nuevo á ver en aquel Parlamento mutilado la expresión de su voluntad soberana. La reducida asamblea nombró una junta de salvación interina, y después un Consejo de Estado, en el que al lado de Fleetwood y otros oficiales superiores, se hallaban republicanos como Vane y Haselrig; nombró además á Fleetwood teniente general y jefe superior de las fuerzas militares en Inglaterra y Escocia, y de acuerdo con los jefes del ejército tomó disposiciones acerca del destino de Ricardo Cromwell.

El hijo del gran Oliverio se mostró pronto á retirarse á la vida privada, mediante el pago de sus deudas y una considerable suma de dinero y vivió aun, sin salirse un solo momento de la vida privada, cincuenta y tres años. Temiase que Enrique Cromwell se opusiera á lo sucedido, pero sea que no quisiera cargar con la responsabilidad de una guerra civil, sea que dudase de sus fuerzas, cedió de un modo digno ante el nuevo gobierno y entregó su cargo en Dublin á su sucesor, retirándose también de la vida pública. El general Monk, cuya conducta había sido muy sospechosa durante la pasada crisis, pronuncióse en favor del Parlamento mutilado é hizo responsable de la tranquilidad de Escocia. Sometieron asimismo Lockhart, comandante de las tropas inglesas en Flandes, y Montague, almirante de la escuadra inglesa del Norte. Aun los más fieles consejeros del difunto Protector y del que había caído, estaban en buenas relacio-

nea con el nuevo gobierno del día, como St. John y Thurloe, ó bien procuraron ganarse su confianza.

Parecía que la república triunfaba de todas las dificultades, y los realistas de dentro y fuera de Inglaterra vieron con amargura desvanecidas sus esperanzas de un próximo triunfo. Sin embargo, su situación había mejorado considerablemente con la destrucción de la obra del Protector. Los republicanos no representaban más que una pequeña minoría en la masa de la nación, que estaba todavía unida por mil lazos con las antiguas instituciones. Cromwell que había ganado para sí una brillante posición y tratado de enlazar lo antiguo con lo moderno por medio del protectorado, había podido sujetar, aunque por medios violentos y por corto tiempo, las fuerzas enemigas. El Parlamento mutilado que había sido dispersado por los soldados y que después á los soldados debió su restablecimiento, no podía arrogarse una autoridad análoga. Su pretensión de resumir y ser expresión de la soberanía nacional era mirada con mofa. Muchos individuos de la alta y baja nobleza, colonos y arrendatarios, todos los partidarios perseguidos de la iglesia anglicana, así como la burguesía presbiteriana de las ciudades, grandes y pequeñas, dirigían sus miradas al rey legítimo que estaba en el destierro, al cual, con ó sin condiciones, ya deseaban dar la bienvenida y de cuyo regreso se prometían mejores tiempos. El mismo Henry Vane tuvo que confesarlo: «El rey recuperará en un día la corona, pues el pueblo desprecia á los demás gobiernos.»

Los estadistas que estaban al frente del gobierno no podían desconocer, á pesar de la multitud de adhesiones que recibían, que no gozaban poco ni mucho de las simpatías del pueblo, pero además de ello tenía otros motivos para creer amenazada la seguridad de la república. Los sectarios fanáticos, los partidarios de la quinta monarquía, empezaban á agitarse de nuevo, apareciendo en algunas partes armados en número considerable, poniendo en cuidado para el porvenir á los propietarios; y sin embargo no podía despreciarse su ayuda contra los caballeros. La situación de la Hacienda era desesperada, como había podido verse poco antes de la caída de Ricardo; la deuda flotante era de 1.700.000 libras y el déficit anual de 90.000 libras y no se sabían aun las sumas que serían necesarias para el sosten de la marina y de las tropas en Flandes. Tratóse de disminuir los gastos y aumentar las contribuciones indirectas, para obtener mayores ingresos, pero la poca voluntad del pueblo y la falta de buena administración hicieron que los resultados no fuesen tan brillantes como se esperaba.

Por otra parte, la política exterior daba lugar á serios temores. Continuaba la guerra escandinava á pesar de los esfuerzos del gobierno inglés para que se restableciera la paz. Unióse este por fin con los Países Bajos para decidir á Carlos X á que cediera; pero su mediación fué rechazada con orgullo. España y Francia estaban á punto de terminar por medio de un convenio la guerra que se habían hecho durante largos años. Todo el peso de la guerra, herencia del gran Protector, iba á caer sobre Inglaterra, y aun podía temerse que los dos antiguos adversarios se unieran en favor de la casa de los Estuardos contra el Estado libre de la Gran Bretaña.

Pero la unión de los vencedores del protectorado no duró largo tiempo. Los jefes del poder militar, que habían sido los que más habían contribuido al triunfo, pedían su recompensa; mas el Parlamento mutilado opúsose á sus deseos, cosa que difícilmente soportaron. La pequeña asamblea de Westminster se veía poseedora del poder supremo y exigía que los soldados le prestaran obediencia como los demás ciudadanos. Procuró satisfacer la exigencia de dinero del ejército y